



Jorge Luis Borges ▶

El Sur

JORGE LUIS BORGES

Uno de los grandes valores de la literatura de todos los tiempos, el argentino Jorge Luis Borges (1899–1986), cuentista, ensayista y poeta, vivió su niñez en Buenos Aires, en Palermo, barrio que con el tiempo cobró para él cualidades a la vez entrañables y míticas. Muchas veces vemos reflejados en sus cuentos los compadritos, los jugadores de naipes, y los tanguistas que habitaban el almacén, o tienda cantina, enfrente de la casa donde se crió el futuro escritor. Leemos en su obra de los hombres que allí moraban, impresionando con sus cuentos de un pasado ilusorio, hombres análogos al mismo Borges, quien pasó de ser niño de puertas adentro, donde leía los libros de la biblioteca de su padre, a ser, mediante sus narraciones, forjador de sueños de valentía y de barbarie. La confluencia de los dos linajes—el germánico y el argentino—del protagonista Juan Dahlmann, en «El Sur» (1956), refleja la doble estirpe del autor, de sangre inglesa y criolla, circunstancia que Borges aquí llamará «discordia» y que nos lleva de algún modo al enigmático desenlace del cuento. En una posdata que escribe Borges, al agregar, en 1956, este nuevo cuento a su colección Ficciones (1944), el autor nos dice: «De 'El Sur', que es acaso mi mejor cuento, básteme prevenir que es posible leerlo como directa narración de hechos novelescos y también de otro modo».

Enfoque en el estilo

¿Por qué crees que Borges escribe «sur» con mayúscula?

Elaborar

Borges afirma que el destino «puede ser despiadado». ¿Cuál será, entonces, la función del destino en este cuento?

El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la iglesia evangélica; en 1939, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel; en la discordia de sus dos linajes,¹ Juan Dahlmann (tal vez a impulsos de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica. Un estuche² con el daguerrotipo³ de un hombre inexpresivo y barbado, una vieja espada, la dicha y el coraje de ciertas músicas, el hábito de estrofas del *Martín Fierro*,⁴ los años, el desgano y la soledad, fomentaron⁵ ese criollismo⁶ algo voluntario, pero nunca ostentoso. A costa de algunas privaciones, Dahlmann había logrado salvar el casco⁷ de una estancia⁸ en el Sur, que fue de los Flores; una de las costumbres de su memoria era la imagen de los eucaliptos balsámicos y de la larga casa rosada que alguna vez fue carmesí.⁹ Las tareas y acaso la indolencia lo retenían en la ciudad. Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura. En los últimos días de febrero de 1939, algo le aconteció.

Ciego a las culpas, el destino puede ser despiadado¹⁰ con las mínimas distracciones. Dahlmann había conseguido, esa tarde, un ejemplar¹¹ descabalado¹² de las *Mil y una noches*, de Weil; ávido de examinar ese hallazgo, no esperó que bajara el ascensor y subió con apuro las escaleras; algo en la oscuridad le rozó la frente ¿un murciélago,¹³ un pájaro? En la cara de la mujer que le abrió la puerta vio grabado el horror, y la mano que se pasó por la frente salió roja de sangre. La arista¹⁴ de un batiente¹⁵ recién

¹ linajes (m.)—herencia biológica.

² estuche (m.)—funda o contenedor hecho para guardar objetos, como una espada, gafas, discos, etc.

³ daguerrotipo—fotografía antigua al estilo del siglo XIX, hecha mediante un proceso que usaba plata y cobre

⁴ *Martín Fierro*—poema narrativo de José Hernández (1834–1886), cuyo héroe era el gaucho legendario Martín Fierro.

⁵ fomentaron—dieron lugar a; facilitaron.

⁶ criollismo—exaltación de las cualidades, maneras de pensar y costumbres de los criollos, descendientes de españoles pero nacidos en el Nuevo Mundo.

⁷ casco—fragmento central; restos.

⁸ estancia—hacienda de campo para el cultivo o la ganadería.

⁹ carmesí—de un rojo vivo.

¹⁰ despiadado—cruel; sin compasión.

¹¹ ejemplar—copia; libro.

¹² descabalado—incompleto; fragmentario.

¹³ murciélago—mamífero con alas, de color negro, que vive en cuevas y sale de noche.

¹⁴ arista—punta; filo; ángulo saliente formado por dos caras planas o curvas.

¹⁵ batiente (m.)—contraventana, generalmente de madera.

pintado que alguien se olvidó de cerrar le habría hecho esa herida. Dahlmann logró dormir, pero a la madrugada estaba despierto y desde aquella hora el sabor de todas las cosas fue atroz. La fiebre lo **gastó**¹⁶ y las ilustraciones de las *Mil y una noches* sirvieron para decorar **pesadillas**.¹⁷ Amigos y parientes lo visitaban y con exagerada sonrisa le repetían que lo hallaban muy bien. Dahlmann los oía con una especie de débil estupor y le maravillaba que no supieran que estaba en el infierno. Ocho días pasaron, como ocho siglos. Una tarde, el médico habitual se presentó con un médico nuevo y lo condujeron a un **sanatorio**¹⁸ de la calle Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el coche de plaza¹⁹ que los llevó, pensó que en una habitación que no fuera la suya podría, al fin, dormir. Se sintió feliz y conversador; en cuanto llegó, lo desvistieron, le **raparon**²⁰ la cabeza, lo sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo **auscultaron**²¹ y un hombre enmascarado le clavó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, **vendado**,²² en una celda que tenía algo de **pozo**²³ y, en los días y noches que siguieron a la operación pudo entender que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal²⁴ del infierno. El hielo no dejaba en su boca el menor rastro de frescura. En esos días, Dahlmann minuciosamente se odió; odió su identidad, sus necesidades corporales, su humillación, la barba que le **erizaba**²⁵ la cara. Sufrió con estoicismo las curaciones, que eran muy dolorosas, pero cuando el **cirujano**²⁶ le dijo que había estado a punto de morir de una **septicemia**,²⁷ Dahlmann se echó a llorar, condolido de su destino. Las miserias físicas y la incesante previsión de las malas noches no le habían dejado pensar en algo tan abstracto como la muerte. Otro día, el cirujano le dijo que estaba reponiéndose y que, muy pronto, podría ir a convalecer a la estancia. Increíblemente, el día prometido llegó.

A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos; Dahlmann había llegado al sanatorio en un coche de plaza y

Analizar

¿Por qué crees que Borges eligió mencionar justamente *Las mil y una noches* en este cuento?

Reflexionar

Más que una revisión médica, esta descripción remite a una escena de tortura. ¿Por qué crees que Borges eligió presentar este «infierno»?

¹⁶ **gastó**—debilitó.

¹⁷ **pesadillas**—sueños desagradables.

¹⁸ **sanatorio**—hospital; clínica para el tratamiento de los enfermos.

¹⁹ **coche de plaza**—coche de servicio público; coche de alquiler.

²⁰ **raparon**—afeitaron o cortaron todo el pelo.

²¹ **auscultaron**—examinaron con la ayuda de un estetoscopio.

²² **vendado**—cubierto de vendas, telas suaves para tapar heridas.

²³ **pozo**—excavación vertical circular para extraer agua subterránea.

²⁴ **arrabal (m.)**—cercanías.

²⁵ **erizaba**—picaba.

²⁶ **cirujano**—médico que opera a sus pacientes.

²⁷ **septicemia**—infección de la sangre.

Interpretar

¿Qué indica sobre la personalidad de Dahlmann esta afirmación?

Conectar

La apreciación de un instante como eterno aparece también en otro cuento de la bibliografía obligatoria. ¿en cuál?

Interpretar

Explica por qué Dahlmann considera que viajar con el libro es un desafío a «las frustradas fuerzas del mal».

ahora un coche de plaza lo llevaba a Constitución.²⁸ La primera frescura del otoño, después de la opresión del verano, era como un símbolo natural de su destino rescatado de la muerte y la fiebre. La ciudad, a las siete de la mañana, no había perdido ese aire de casa vieja que le *infunde*²⁹ la noche; las calles eran como largos zaguanes,³⁰ las plazas como patios. Dahlmann la reconocía con felicidad y con un principio de vértigo; unos segundos antes de que las registraran sus ojos, recordaba las esquinas, las *carteleras*,³¹ las modestas diferencias de Buenos Aires. En la luz amarilla del nuevo día, todas las cosas regresaban a él.

Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia. Dahlmann solía repetir que ello no es una convención y que quien atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme. Desde el coche buscaba entre la nueva edificación, la ventana de *rejas*,³² el *llamador*,³³ el arco de la puerta, el zaguán, el íntimo patio.

En el *hall* de la estación advirtió que faltaban treinta minutos. Recordó bruscamente que en un café de la calle Brasil (a pocos metros de la casa de Yrigoyen) había un enorme gato que se dejaba acariciar por la gente, como una divinidad *desdeñosa*.³⁴ Entró. Ahí estaba el gato, dormido. Pidió una taza de café, la endulzó lentamente, la probó (ese placer le había sido *vedado*³⁵ en la clínica) y pensó, mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban como separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la *actualidad*,³⁶ en la eternidad del instante.

A lo largo del penúltimo *andén*³⁷ el tren esperaba. Dahlmann recorrió los vagones y dio con uno casi vacío. Acomodó en la *red*³⁸ la valija; cuando los coches *arrancaron*,³⁹ la abrió y sacó, tras alguna vacilación, el primer tomo de las *Mil y una noches*. Viajar con este libro, tan vinculado a la historia de su *desdicha*,⁴⁰ era una afirmación de que esa desdicha había sido anulada y un *desafío*⁴¹ alegre y secreto a las frustradas fuerzas del mal.

²⁸ Constitución—plaza importante de Buenos Aires; parada del subterráneo y estación de trenes, desde la cual salen los trenes hacia el sur de la Argentina.

²⁹ *infunde*—da; presta; transmite.

³⁰ *zaguanes*—entradas, o vestíbulos inmediatos a las puertas de calle de ciertos edificios o casas.

³¹ *carteleras*—letreros que se encuentran en un edificio público donde se anuncian las funciones de los espectáculos públicos.

³² *rejas*—barrotes sobre las ventanas de calle, típicamente de hierro forjado.

³³ *llamador*—aldaba; campanita o timbre en la puerta de calle.

³⁴ *desdeñosa*—que siente desdén; altanera; orgullosa.

³⁵ *vedado*—prohibido.

³⁶ *la actualidad*—el ahora; el momento presente.

³⁷ *andén* (m.)—plataforma de espera en una estación de trenes.

³⁸ *red* (f.)—especie de hamaca que colgaba de las paredes de los vagones donde los pasajeros podían poner sus maletas, valijas o paquetes.

³⁹ *arrancaron*—salieron; partieron; se pusieron en marcha.

⁴⁰ *desdicha*—infortunio; infelicidad.

⁴¹ *desafío*—reto; enfrentamiento; incitación a combatir.

A los lados del tren, la ciudad se **desgarraba**⁴² en suburbios; esta visión y luego la de jardines y **quintas**⁴³ demoraron el principio de la lectura. La verdad es que Dahlmann leyó poco; la montaña de piedra imán y el genio que ha jurado matar a su bienhechor eran, quién lo niega, maravillosos, pero no mucho más que la mañana y que el hecho de ser. La felicidad lo distraía de Shahrazad y de sus milagros superfluos; Dahlmann cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir.

El almuerzo (con el caldo servido en boles⁴⁴ de metal reluciente, como en los ya remotos veraneos de la niñez) fue otro goce tranquilo y agradecido.

Mañana me despertaré en la estancia, pensaba, y era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres. Vio casas de ladrillo sin revocar,⁴⁵ esquinadas y largas, infinitamente mirando pasar los trenes; vio **jinetes**⁴⁶ en los terrosos caminos; vio **zanjas**⁴⁷ y lagunas y hacienda;⁴⁸ vio largas nubes luminosas que parecían de mármol, y todas estas cosas eran casuales, como sueños de la llanura. También creyó reconocer árboles y **sembrados**⁴⁹ que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campaña⁵⁰ era hartó inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

Alguna vez durmió y en sus sueños estaba el ímpetu del tren. Ya el blanco sol intolerable de las doce del día era el sol amarillo que precede al anochecer y no tardaría en ser rojo. También el coche era distinto; no era el que fue en Constitución, al dejar el andén: la llanura y las horas lo habían atravesado y transfigurado. Afuera la móvil sombra del vagón se alargaba hacia el horizonte. No turbaban⁵¹ la tierra elemental ni poblaciones ni otros signos humanos. Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto. En el campo **desaforado**,⁵² a veces no había otra cosa que un toro. La soledad era perfecta y tal vez hostil, y Dahlmann pudo sospechar que viajaba al pasado y no sólo al Sur. De esa conjetura fantástica lo distrajo el inspector,

Conectar

El desdoblamiento al que se hace referencia aquí es también uno de los temas principales de otra obra de la bibliografía obligatoria, ¿cuál? ¿Qué otros elementos de esa obra se repiten en «El Sur»?

⁴² **desgarraba**—deshacía; despedazaba.

⁴³ **quintas**—casas de campo; fincas.

⁴⁴ **boles** (m.)—tazones; platos hondos; vasijas.

⁴⁵ **revocar**—pintar con cal.

⁴⁶ **jinetes** (m.)—los que van montados a caballo.

⁴⁷ **zanjas**—excavaciones largas; trincheras; canales.

⁴⁸ **hacienda**—ganado; toros y vacas.

⁴⁹ **sembrados**—terrenos cultivados.

⁵⁰ **campaña**—campo llano, sin montañas.

⁵¹ **turbaban**—molestaban; inquietaban.

⁵² **desaforado**—desmedido; extremadamente grande.

Señalar

Ya sabes que los límites entre la realidad y la ficción se desdibujan en este cuento. Subraya las expresiones en esta página que hacen suponer que lo que lees no sucedió realmente.

Inferir

¿Con qué suelen relacionarse los tréboles? ¿Cómo puede entenderse esta última oración del párrafo?

que, al ver su boleto, le advirtió que el tren no lo dejaría en la estación de siempre sino en otra, un poco anterior y apenas conocida por Dahlmann. (El hombre añadió una explicación que Dahlmann no trató de entender ni siquiera de oír, porque el mecanismo de los hechos no le importaba.)

El tren laboriosamente se detuvo, casi en medio del campo. Del otro lado de las vías quedaba la estación, que era poco más que un andén con un cobertizo.⁵³ Ningún vehículo tenían, pero el jefe opinó que tal vez pudiera conseguir uno en un comercio que le indicó a unas diez, doce, cuadras.

Dahlmann aceptó la caminata como una pequeña aventura. Ya se había hundido el sol, pero un esplendor final exaltaba la viva y silenciosa llanura, antes de que la borrara la noche. Menos para no fatigarse que para hacer durar esas cosas, Dahlmann caminaba despacio, aspirando con grave felicidad el olor del trébol.

El almacén,⁵⁴ alguna vez, había sido punzó,⁵⁵ pero los años habían mitigado para su bien ese color violento.⁵⁶ Algo en su pobre arquitectura le recordó un grabado en acero, acaso de una vieja edición de *Pablo y Virginia*.⁵⁷ Atados al palenque⁵⁸ había unos caballos. Dahlmann, adentro, creyó reconocer al patrón; luego comprendió que lo había engañado su parecido con uno de los empleados del sanatorio. El hombre, oído el caso, dijo que le haría atar la jardinera;⁵⁹ para agregar otro hecho a aquel día y para llenar ese tiempo, Dahlmann resolvió comer en el almacén.

En una mesa comían y bebían ruidosamente unos muchachones, en los que Dahlmann, al principio, no se fijó. En el suelo, apoyado en el mostrador, se acurrucaba,⁶⁰ inmóvil como una cosa, un hombre muy viejo. Los muchos años lo habían reducido y pulido⁶¹ como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. Era oscuro, chico y reseco, y estaba como fuera del tiempo, en una eternidad. Dahlmann registró⁶² con satisfacción la vincha,⁶³ el poncho de bayeta,⁶⁴ el

⁵³ cobertizo—tejado saliente o techado tosco, rudo.

⁵⁴ almacén (m.)—en Argentina, comercio en el campo donde se venden comestibles, bebidas, y otros artículos, donde también se puede comer, tomar una copa y reunirse con los amigos; algo parecido a una cantina.

⁵⁵ punzó—color rojo muy vivo, parecido al de la amapola.

⁵⁶ violento—anormal; chocante; incómodo.

⁵⁷ *Pablo y Virginia*—un romance idílico francés muy popular, de Bernardin de Saint-Pierre, de estilo romántico, que evoca la nostalgia por un paraíso perdido. Incluye descripciones de la suntuosa naturaleza donde se desenvuelve la trama.

⁵⁸ palenque—valla o cerco, o madero al que se atan los caballos.

⁵⁹ jardinera—en Argentina, carruaje ligero de dos ruedas que sirve para llevar pasajeros a aeropuertos y estaciones de trenes.

⁶⁰ se acurrucaba—se encogía; se hacía un ovillo.

⁶¹ pulido—limado; desgastado.

⁶² registró—notó; examinó.

⁶³ vincha—banda que se coloca en la cabeza para sujetar el cabello.

⁶⁴ bayeta—tela de lana floja.

largo chiripá⁶⁵ y la bota de potro y se dijo, rememorando inútiles discusiones con gente de los partidos del Norte o con entrerrianos,⁶⁶ que gauchos de éstos ya no quedan más que en el Sur.

Dahlmann se acomodó junto a la ventana. La oscuridad fue quedándose con el campo, pero su olor y sus rumores aún le llegaban entre los barrotes de hierro. El patrón le trajo sardinas y después carne asada; Dahlmann las empujó con unos vasos de vino tinto. Ocioso, paladeaba el áspero sabor y dejaba errar⁶⁷ la mirada por el local, ya un poco soñolienta. La lámpara de kerosén pendía de uno de los tirantes,⁶⁸ los parroquianos⁶⁹ de la otra mesa eran tres: dos parecían peones de chacra;⁷⁰ otro, de rasgos achinados⁷¹ y torpes, bebía con el chambergo⁷² puesto. Dahlmann, de pronto, sintió un leve roce en la cara. Junto al vaso ordinario de vidrio turbio, sobre una de las rayas del mantel, había una bolita de miga.⁷³ Eso era todo, pero alguien se la había tirado.

Los de la otra mesa parecían ajenos⁷⁴ a él. Dahlmann, perplejo, decidió que nada había ocurrido y abrió el volumen de las *Mil y una noches*, como para tapar la realidad. Otra bolita lo alcanzó a los pocos minutos, y esta vez los peones se rieron. Dahlmann se dijo que no estaba asustado, pero que sería un disparate⁷⁵ que él, un convaleciente, se dejara arrastrar por desconocidos a una pelea confusa. Resolvió salir; ya estaba de pie cuando el patrón se le acercó y lo exhortó con voz alarmada:

—Señor Dahlmann, no les haga caso a esos mozos, que están medio alegres.⁷⁶

Dahlmann no se extrañó de que el otro, ahora, lo conociera, pero sintió que estas palabras conciliadoras agravaban, de hecho, la situación. Antes, la provocación de los peones era a una cara accidental, casi a nadie; ahora iba contra él y contra su nombre y lo sabrían los vecinos. Dahlmann hizo a un lado al patrón, se enfrentó con los peones y les preguntó qué andaban buscando.

⁶⁵ chiripá (m.)—prenda de vestir del gaucho, algo parecido al taparrabos; un paño que, a manera de calzones, cubre la mayor parte de los muslos y, pasando entre las piernas, se sujeta a la cintura.

⁶⁶ entrerrianos—los que provienen de la provincia argentina de Entre Ríos, al este del país.

⁶⁷ errar—ir de un lado a otro.

⁶⁸ tirantes (m.)—vigas; maderos gruesos que sostienen el techo.

⁶⁹ parroquianos—clientes del almacén; vecinos del lugar.

⁷⁰ chacra—granja pequeña.

⁷¹ rasgos achinados—facciones propias o aspecto propio de un indígena.

⁷² chambergo—sombbrero suave de ala ancha.

⁷³ miga—la parte blanda del pan.

⁷⁴ ajenos—indiferentes; desconectados.

⁷⁵ disparate—locura; estupidez.

⁷⁶ medio alegres—medio borrachos.

Comparar

¿Cuáles son las diferencias entre el gaucho acurrucado en el suelo y los tres parroquianos?

Inferir

¿Cómo sabe el patrón del almacén el nombre de Juan Dahlmann? ¿Por qué Dahlmann no se extrañó de que lo conociera?

Analizar

¿De qué elemento se vale Borges para reforzar las diferencias entre el gaucho y el compadrito?

Interpretar

¿Por qué crees que Dahlmann no siente temor?

El compadrito⁷⁷ de la cara achinada se paró, tambaleándose.⁷⁸ A un paso de Juan Dahlmann, lo injurió⁷⁹ a gritos, como si estuviera muy lejos. Jugaba a exagerar su borrachera y esa exageración era una ferocidad y una burla. Entre malas palabras y obscenidades, tiró al aire un largo cuchillo, lo siguió con los ojos, lo barajó,⁸⁰ e invitó a Dahlmann a pelear. El patrón objetó con trémula voz que Dahlmann estaba desarmado. En ese punto, algo imprevisible⁸¹ ocurrió.

Desde un rincón, el viejo gaucho extático,⁸² en el que Dahlmann vio una cifra⁸³ del Sur (del Sur que era suyo), le tiró una daga⁸⁴ desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía⁸⁵ a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran. Alguna vez había jugado con un puñal, como todos los hombres, pero su esgrima⁸⁶ no pasaba de una noción de que los golpes deben ir hacia arriba y con el filo⁸⁷ para adentro. *No hubieran permitido en el sanatorio que me pasaran estas cosas*, pensó.

—Vamos saliendo —dijo el otro.

Salieron, y si en Dahlmann no había esperanza, tampoco había temor. Sintió, al atravesar el umbral,⁸⁸ que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo,⁸⁹ hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado.

Dahlmann empuña⁹⁰ con firmeza el cuchillo, que acaso⁹¹ no sabrá manejar, y sale a la llanura.

⁷⁷ compadrito—hombre prototípico de los arrabales de Buenos Aires: presumido y pendenciero.

⁷⁸ tambaleándose—meciéndose; inestable.

⁷⁹ injurió—insultó con malas palabras.

⁸⁰ barajó—agarró; cogió.

⁸¹ imprevisible—inesperado; sorprendente.

⁸² extático—en un estado de exaltación; ensimismado, como transportado fuera del tiempo, fuera del mundo de los sentidos y las circunstancias por la intensidad de un sentimiento místico.

⁸³ cifra—signo; símbolo.

⁸⁴ daga—puñal; cuchillo.

⁸⁵ comprometía—obligaba.

⁸⁶ esgrima—deporte o arte del manejo de la espada o del sable; arte de pelear con arma blanca, la espada o el cuchillo.

⁸⁷ filo—borde agudo, cortante, del cuchillo.

⁸⁸ umbral (m.)—sección del marco de una puerta que se extiende por el piso.

⁸⁹ acometiendo—avanzando contra el enemigo.

⁹⁰ empuña—agarra; toma en la mano.

⁹¹ acaso—tal vez; posiblemente.